

Políticas feministas no identitarias. La agencia desde la deconstrucción y la imperceptibilidad

Mónica Cano Abadía¹

Resumen: Este artículo propone una lectura difractiva de dos posturas feministas que comparten su rechazo a las políticas identitarias pero que difieren en sus propuestas. Por un lado, el feminismo post-estructuralista confía en el papel de la deconstrucción para desnaturalizar las identidades de una manera que flexibilice la rigidez de las normas socioculturales que afectan a las identidades. Por otro lado, desde los nuevos materialismos feministas, Elisabeth Grosz propone un cambio materialista y post-antropocéntrico que deje de centrarse en los sujetos para pasar a considerar deseos y fuerzas. De esta manera, Grosz trata de alejar la agencia política de la lucha por el reconocimiento y colocarlas en la imperceptibilidad de las políticas de coalición feministas.

Palabras Clave: Feminismo — Reconocimiento — Agencia — Imperceptibilidad — Identidad — Post-estructuralismo — Nuevos materialismos.

Abstract: This paper proposes a diffractive reading on two feminist pointviews that share their rejection of identity politics, but differ about their proposals. On the one hand, post-structuralist feminism trusts deconstruction in order to denature identity in a way that it softens the rigidity of sociocultural norms that affect identities. On the other hand, within the new feminist materialisms, Elisabeth Grosz proposes a materialist and post-anthropocentric shift that stops focusing on the subjects to start considering desires and forces. In this manner, Grosz attempts to move political agency away from the fight for recognition and to meet the imperceptibility of feminist coalition politics.

Keywords: Feminism — Recognition — Agency — Imperceptibility — Identity — Post-structuralism — New materialisms.

INTRODUCCIÓN

Desde varias perspectivas feministas, se ha realizado una dura crítica a las políticas basadas en la identidad. Proponemos aquí una lectura difractiva (Haraway, 1997: 14; Barad, 2007; Van der Tuin, 2014) de dos posturas que se encuentran enfrentadas, pero que leídas de manera imbricada nos aportan una visión crítica desde diferentes frentes sobre las políticas identitarias. Una lectura difractiva es una metodo-

¹ Universidad de Zaragoza.

logía que propone leer teorías y textos aparentemente diversos leyendo sus ideas abordando sus diferencias pero siempre prestando atención a los elementos que se entrecruzan y entrelazan. Haraway (1999: 126) propone la noción de difracción como una metáfora para repensar la geometría de la relacionalidad: frente a la reflexión y a la refracción, que reproducen lo mismo pero desplazado, la difracción produce una cartografía de las interferencias.

Las dos posturas de las que nos disponemos a realizar esta lectura difractiva son el feminismo post-estructuralista, sobre todo de la mano de Judith Butler, y los nuevos materialismos feministas, sobre todo con la propuesta de políticas desde la imperceptibilidad de Elisabeth Grosz.

Desde el post-estructuralismo se critica la estrategia política de utilizar la pertenencia a un grupo como criterio unitario. El uso de políticas identitarias puede tener, y tiene en la práctica política feministas, consecuencias totalizantes que excluyen a otras subjetividades. Las políticas de pertenencia y de identidad fomentan la creación de formas y sujetos legítimos de lucha, que crean a su vez identidades y subjetividades que han de ser excluidas del grupo para mantener la agencia política grupal.

El feminismo post-estructuralista defiende la estrategia de la deconstrucción de nuestras identidades para tratar de escapar de la petrificación de las mismas. Autoras como Judith Butler, desde el feminismo *queer*, plantean ejercicios de desnaturalización de las categorías identitarias y de desvelamiento de los mecanismos de poder que se esconden tras el velo naturalizador.

Desde los nuevos materialismos feministas, sin embargo, se percibe este intento como un tipo de filosofía que todavía está atrapado en los dualismos que pretendía romper, como el dualismo entre naturaleza y cultura. Al tratar de desvelar los mecanismos de poder tras las categorías identitarias, se opina desde los nuevos materialismos que se ha hecho un excesivo hincapié en el análisis del polo de la cultura, del lenguaje, realizando así un ejercicio de exclusión de la materia y de la naturaleza.

Elisabeth Grosz cree que, a pesar de los esfuerzos anti-identitarios del feminismo post-estructuralista, se quedan estas políticas feministas ancladas en un esquema que busca el reconocimiento y la visibilidad. Y lanza desde su postura monista materialista una interesante propuesta política. Propone una renaturalización de nuestra consideración de lo humano y de la política. Siendo consciente de los efectos perniciosos que la naturalización ha tenido al fomentar la rigidez de marcos normativos inamovibles, plantea una reconsideración del concepto de naturaleza. Lejos de manejar una concepción tradicional de la naturaleza como inerte o pasiva, Grosz se enmarca en una idea darwiniana de la naturaleza como auto-diferenciación constante e irrefrenable. La naturaleza tiene una agencia innegable, y la humanidad es parte de esta naturaleza agencial. Adoptando un monismo materialista, la humanidad pierde su hegemonía, el sujeto humano pierde su hegemonía. Desde este giro post-antropocéntrico, se propone centrar la agencia política no en sujetos, sino en deseos y fuerzas; no en la consecución del reconocimiento social de los sujetos, sino en la libertad que nos puede brindar la imperceptibilidad y la invisibilidad.

DECONSTRUYENDO IDENTIDADES

Desde los feminismos post-estructuralistas, son numerosos los intentos de crítica a las categorías cerradas y definitivas para pensar la agencia política de manera que trascienda los núcleos políticos duros. Judith Butler, en el *Género en disputa* (2007), critica la idea de un sujeto unitario del feminismo, englobado bajo el término *mujer*. Considera que con este término no se hace justicia a la pluralidad de experiencias e identidades desde las que se enuncian los feminismos. Apelar a una identidad previa que unifique al sujeto del feminismo puede tener y tiene, para Butler, consecuencias totaliza antes que generan divisiones internas y ejercicios de exclusión de las otras identidades que no encajan en el esquema definitorio. Utilizar estas identidades definitorias puede caer en esencialismos que fomentan la rigidez de las normas de pertenencia a un grupo. Este es el caso también, para Butler, de los esencialismos estratégicos de Diana Fuss o Goyatri Spivak.

Judith Butler (2002), en cambio, aboga por partir de la deconstrucción de las identidades. El uso de categorías identitarias puede ser necesario, pues nos dotan de inteligibilidad y de reconocimiento social. Sin adscribirnos a ciertas categorías de identidad no somos susceptibles de ser reconocidos como sujetos. Sin embargo, para Butler, las políticas feministas no deben partir del atrincheramiento o de la reappropriación cerrada de categorías identitarias definitorias, sino de su deconstrucción.

La deconstrucción no significa la eliminación acrítica y total de las categorías identitarias; no es una invitación ingenua a considerar que todo vale, que el género es voluble, maleable, voluntarista, susceptible de ser creado o modificado a voluntad. La deconstrucción es, tal y como indica Stuart Hall, un emborronamiento o una tachadura: «La línea que los tacha [los conceptos] permite, paradójicamente, que se los siga leyendo» (Hall, 2003: 14). Siguiendo a Jacques Derrida, Hall propone para la deconstrucción de nuestras identidades el fomentar un proceso de reescritura desalojada y desalojadora que piense nuestras identidades en el límite, en el intervalo, que las reestructure siempre atendiendo a un contexto que es, además, cambiante, y del cual dependemos para obtener reconocimiento.

Por esa dependencia con respecto al contexto, las categorías no pueden ni modificarse ni eliminarse voluntariamente: «la identidad es un concepto de este tipo, que funciona «bajo borradura» en el intervalo entre inversión y surgimiento; una idea que no puede pensarse a la vieja usanza, pero sin la cual ciertas cuestiones no pueden pensarse en absoluto» (Hall, 2003: 14). Los conceptos identitarios no pueden ser, pues, eliminados o suprimidos, ya que gracias a ellos somos viables como sujetos. La estrategia de autores como Butler o Hall es, entonces, la de problematizar estos conceptos para pensarlos de otra manera que no sea la que es evidentemente visible y esperable para la cultura dominante. Se hace necesaria, así, una revisión de las categorías identitarias para destotalizarlas. En palabras de Judith Butler (2002: 56) «poner en tela de juicio un supuesto no equivale a desecharlo; antes bien, implica liberarlo de su encierro metafísico para poder comprender qué intereses se afirman en –y en virtud de– esa localización metafísica y permitir, en consecuencia, que el término ocupe otros espacios y sirva a objetivos políticos muy diferentes».

El objetivo de esta problematización es, como señala Butler en la anterior cita, recolocar las categorías identitarias en otros lugares inesperados y novedosos de manera que, con su sola presencia desubicada, puedan generar agencias éticas y políticas diferentes.

Diana Fuss (1999) hace hincapié en la estrategia post-estructuralista de la desnaturalización de los conceptos. Presentar ciertos conceptos, sobre todo conceptos identitarios tales como el género, la raza o la sexualidad, como naturales documenta la idea de que son necesariamente inmóviles, ahistóricos, eternos e inmaleables. Si la sexualidad, o el género, o la raza son naturales, nada podemos hacer para modificarlas. Además, se naturaliza una forma concreta de vivir las categorías identitarias, arrojando a las demás a la abyección (Kristeva, 1980). La naturalización de los conceptos identitarios crea marcos normativos rígidos e inamovibles que configuran maneras correctas, reconocibles y deseables de vivir, por un lado, y maneras abyectas, que no importan, por otro.

En este sentido, la estrategia de mostrar los procesos culturales que se esconden tras los mecanismos de naturalización de la raza, el género o el sexo pretende tener como consecuencia la flexibilización de esos rígidos marcos normativos. Se pretende así mostrar que son contingentes, que por lo tanto pueden ser variables, y que las formas de vida arrojadas a la abyección podrían ser tan válidas como las consideradas normativas si cambiásemos de marcos de reconocimiento. Se marca así, además, una estrategia política: huir de la naturalización y el esencialismo de los conceptos identitarios para hacer hincapié en su carácter contingente y humano, demasiado humano.

Desde esta mirada, Diana Fuss considera que el proceso de deconstrucción muestra la historicidad y los procesos de construcción cultural de los conceptos. Para Fuss, una posible estrategia para destotalizar los conceptos que crean ejercicios de exclusión entre viertas subjetividades es la de tratar de cambiar la historicidad de esos conceptos. Se puede cambiar la historicidad de estos conceptos al desviarlos de su propósito socialmente aceptado. Por lo tanto, se aboga desde esta perspectiva, compartida por Butler y Hall, por fomentar el uso no autorizado e ilegítimo de conceptos identitarios: «Usando estas debatidas palabras es posible agotarlas, debilitarlas, transformarlas en conceptos históricos que es lo que son y han sido siempre» (Fuss, 1999: 124).

Las categorías identitarias que se utilizan para visibilizar nuestras políticas feministas son, sin duda, problemáticas; sin embargo, existen, no podemos negar su función en los procesos de subjetivación individuales y colectivos. De esta manera, no hay que desechar toda categoría identitaria sino que resulta interesante pensarlas, analizarlas, problematizarlas, desvelar sus mecanismos de funcionamiento e intersecciones contextuales para poder pensar los sujetos de la práctica social. Desde estos feminismos, para reflexionar acerca de la agencia de los sujetos políticos, se hace necesaria una visión crítica sobre estos sujetos de la práctica social, una visión abierta a la interseccionalidad y variabilidad de nuestras identidades.

IMPERCEPTIBILIDAD MATERIALISTA

Desde los nuevos materialismos feministas han afirmado muy recientemente que el feminismo postestructuralista y los estudios culturales reducen los cuerpos a prácticas discursivas y a lenguaje, y que las identidades se explican dentro de un marco de constructivismo radical social o lingüístico. A este respecto, Karen Barad ha dicho que las autoras postestructuralistas confían más en el lenguaje que en la materia (Barad, 2003: 801). Elisabeth Grosz, por su parte, acusa a las teóricas culturales, sociales y políticas de olvidar «la naturaleza, la ontología del cuerpo, las condiciones bajo las cuales los cuerpos son enculturados, psicologizados, se les da identidad, situación histórica y agencia» (Grosz, 2004: 2. La traducción es mía).

Sostenemos que tanto Hall como Butler, si bien no le dan un lugar privilegiado y lo someten a problematización, no se olvidan simplemente de lo material sino que lo incluyen dentro de su análisis como uno de los rasgos que conforman las identidades: «Aunque no carece de condiciones determinadas de existencia, que incluyen los recursos materiales y simbólicos necesarios para sostener, la identificación es en definitiva condicional y se afianza en la contingencia» (Hall, 2003, 15). Para Hall, aunque el cuerpo no es un referente estable ha actuado como tal, y eso es lo que ha cristalizado en el proceso de subjetivación. Por esto, hay que atender al cuerpo en nuestros análisis sobre las identidades. Judith Butler hace clara referencia a la materialidad del cuerpo, y la inextricabilidad de materia y lenguaje (Cano Abadía, 2016) en sus textos:

«Los cuerpos viven y mueren; comen y duermen; sienten dolor y placer; soportan la enfermedad y la violencia y uno podría proclamar escépticamente que estos «hechos» no pueden descartarse como una mera construcción. Seguramente debe de haber algún tipo de necesidad que acompañe a estas experiencias primarias e irrefutables. Y seguramente las hay. Pero su carácter irrefutable en modo alguno implica qué significaría afirmarlas ni a través de qué medios discursivos» (Butler, 2002, 13).

Si bien no estamos de acuerdo en la lectura incluso caricaturesca que se hace desde los nuevos feminismos materialistas de la estrategia de los feminismos post-estructuralistas (Cano Abadía, 2016), consideramos que la propuesta materialista y monista que se lanza desde esta perspectiva tiene la virtud de dejar aún más clara la intra-acción (Barad, 2003: 810) entre naturaleza y cultura. Explicitar la existencia del continuo naturaleza-cultura (Braidotti, 2015), de las «naturecultures» (Haraway, 2003: 3), ayuda a romper los perniciosos dualismos jerárquicos que generan ejercicios de exclusión. Esta perspectiva monista y materialista, en concreto la de Elisabeth Grosz, tiene además consecuencias sobre la consideración del papel de los sujetos en las políticas que pueden resultar estimulantes para repensar nuestra agencia feminista.

En su ensayo *A politics of imperceptibility: A response to "Anti-racism, multiculturalism and the ethics of identification"*, Grosz efectúa, en respuesta a Drucilla Cornell y Sara Murphy, una fuerte crítica a las políticas de reconocimiento, a la vez que lanza

una propuesta que pretende salir de esa dependencia de las estrategias políticas con respecto a la búsqueda de reconocibilidad social. Grosz, por una parte, aplaude la iniciativa de Cornell y Murphy en su ensayo *Anti-Racism, Multiculturalism, and an Ethics of Identification* (2002), en el que tratan de reformular políticas del reconocimiento que no estén ligadas al conocimiento de una identidad cultural consciente, prepolítica y auténtica. Estas autoras, tratan de desligar las luchas del reconocimiento de nociones de identidad monolíticas, y abogan por unas éticas de la identificación que consisten en prácticas transformativas constantes entre diversos actores sociales. Estas éticas de la identificación, para Cornell y Murphy, propician la emergencia de nuevas identidades. Este tipo de política trata de evitar el peligro político de las políticas identitarias, que, como Crenshaw señala, tienen la tendencia de eclipsar las individualidades y tienen efectos totalizantes y excluyentes al considerar la validez de una sola identidad.

A través de las éticas de la identificación, Cornell y Murphy tratan de prestar atención a las necesidades de cada persona de transformar y desarrollar su auto-representación y sus significados culturales. Así pues, son políticas que atienden a la individualidad, a las luchas de las personas por representarse públicamente. En este sentido, son políticas personales, y pretenden democratizar los procesos a través de los cuales las representaciones se establecen.

Grosz le da valor a este movimiento anti-identitario, pero critica todo tipo de políticas personales o del reconocimiento. Para Grosz, cualquier visión de la justicia que descansa sobre la validación social de unos sujetos por otros pertenece a políticas serviles. Estas éticas y políticas del reconocimiento buscan validación y respeto para sus identidades y subjetividades. Si bien Grosz admite que no necesariamente se busca el reconocimiento por parte de la cultura dominante, considera que estas son estrategias éticas y políticas serviles. Grosz rechaza tajantemente cualquier concepción del yo que esté gobernada por la valoración del otro, independiente de quién sea esa otredad.

Grosz parte aquí de una concepción nietzscheana del sujeto: un sujeto indiferente al otro, independiente del otro, que no necesita la valoración del otro. Para Grosz, hay que pensar en políticas no en términos personales, sino en términos de fuerzas agonísticas y devenires impersonales. Las luchas, así, no son de sujetos, sino de prácticas, deseos y actividades corporales. Grosz atiende así a la multiplicidad de lo natural, a las fuerzas corporales y al terreno no discursivo de las acciones, los afectos.

Partiendo de un anti-humanismo de corte nietzscheano, Grosz invita a abandonar la dependencia de nuestras éticas y políticas a las estrategias centradas en el sujeto tradicional humanista. Los feminismos necesitan, pues, nuevos lenguajes, nuevos conceptos y nuevas problemáticas para conceptualizar la agencia de otra manera.

Nos invita Grosz, como Karen Barad (2012: 39) a realizar un salto cuántico. Un salto cuántico en filosofía es un salto más conceptual que empírico (Grosz, 2010: 49) que crea marcos conceptuales que son capaces de hacer pensar en diversas realidades posibles. Encontraremos situaciones políticas que ni imaginábamos si no nos conformamos con el objetivo de ser identidades reconocidas. Tal y como

afirma Sarah Ahmed (2008: 35), ocurren cosas interesantes cuando los objetos de nuestro trabajo teórico se desmoronan, cuando todo se descontrola un poco.

Este nuevo lenguaje que Grosz nos invita a desarrollar sería más natural y primitivo, no más sofisticado; hablaría de causas, fuerzas y condiciones de posibilidad. Cuando Grosz (1999) habla de lo natural, parte de una caracterización de la naturaleza que realiza a través de su interpretación de Darwin: la naturaleza es dinamismo irrefrenable, mutación incontenible, auto-diferenciación constante. La naturaleza, para Grosz, no es un objeto pasivo que espera a ser dominado por sujetos activos, sino que es una fuerza activa.

Grosz es consciente de las razones, señaladas anteriormente, por las cuales se huye de los discursos que hacen hincapié en lo natural desde el feminismo y del peligro que suponen los discursos de dominación naturalizantes. Sin embargo, el concepto de naturaleza que Grosz maneja rompe con la normalización, no la fomenta. La naturaleza, entendida como auto-diferenciación irrefrenable, no puede proporcionar un modelo estable; no puede ser usado como un modelo normalizador y petrificante.

Grosz se enmarca en la crítica que desde los nuevos materialismos feministas se le realiza al feminismo post-estructuralista. Los nuevos feminismos materialistas consideran que el feminismo post-estructuralista, al intentar desmarcarse de la naturalización de los conceptos identitarios y de sus consecuencias totalizadoras mostrando los mecanismos culturales y lingüísticos que se esconden tras esta supuesta naturalización, ha caído en la otra polo del dualismo (Van der Tuin & Dolijn, 2010). El feminismo post-estructuralista, para estas feministas materialistas, está atrapado aún en la dicotomía jerarquizante entre naturaleza/cultura, materia/lenguaje, y ha afirmado desde el giro lingüístico el polo de la cultura y el lenguaje, relegando la materia a un lugar subordinado y denostado.

Para salir de esta trampa dualista, los nuevos feminismos materialistas proponen un monismo materialista que no deje ningún lugar a la creación o al mantenimiento de esas dicotomías y jerarquías entre naturaleza y cultura. Así, Rosi Braidotti (2015) habla de la existencia de un continuo naturaleza-cultura, Donna Haraway (2003) propone el término *naturecultures*, *naturalezaculturas*, y Karen Barad (2003), desde su realismo agencial, postula la intra-acción a través de la que emergen tanto naturaleza como cultura en una relación tan imbricada que no se pueden separar los términos.

En esta estela de pensamiento, Elisabeth Grosz propone una renaturalización de la humanidad en sentido monista y materialista spinoziano. Esta renaturalización pasa por el reconocimiento de la humanidad forma parte del mismo continuo naturaleza-cultura, que está formado por las mismas naturalezaculturas que el resto de seres vivos, y que el resto del planeta. Estas autoras materialistas proponen un giro post-antropocentrista que plantea que el ser humano no es un ser excepcional dentro de la naturaleza. Así, deberíamos aceptarnos como parte de un continuo entre lo humano y no lo humano.

¿Qué política puede surgir de esta renaturalización de la humanidad? ¿Qué consecuencias éticas y políticas tiene este giro post-antropocéntrico? En el sentido en el que contempla a la humanidad como parte de un todo, como parte de un

continuo con lo no humano, amplía nuestros marcos de referencia política, e invita a la consideración de que el poder político y la agencia individual han de ser analizadas más allá de las relaciones sociales.

En este marco materialista y post-antropocentrista las políticas del reconocimiento a las de la imperceptibilidad. Las políticas del reconocimiento conforman políticas identitarias, pues buscan la afirmación del grupo; sin embargo, Grosz critica orientar la acción política hacia representaciones humanas. Las políticas de la imperceptibilidad, como propuesta positiva, suponen un proyecto de renaturalización emancipatoria que pasa por apreciar las fuerzas materiales que son indiferentes a conceptualizaciones humanas. Para Grosz, las estrategias políticas feministas no deberían centrarse en la búsqueda de visibilidad y en la legitimación social presupuesta por políticas identitarias, sino que hemos de fomentar políticas impersonales e imperceptibles. En este sentido, sus políticas de la imperceptibilidad guardan cierto parecido a estrategias *queer* radicales, pues luchan contra la normalidad y contra la inclusión en la cultura dominante. Sin embargo, para Grosz, la incapacidad de la cultura dominante por representarnos no ha de inquietarnos, sino que precisamente puede crear condiciones liberadoras. Por ello, se ha de aprovechar el potencial emancipatorio de la invisibilidad.

Para Grosz (2002: 471), nuestras políticas feministas han de ser más móviles, más fluidas, más transformables. Nuestros esfuerzos no han de ser dirigidos hacia ser reconocidas como personas, sino que el feminismo es más bien una «lucha para movilizar y transformar la posición de las mujeres, la alienación de fuerzas que constituye “identidades” y “posiciones”, esa estratificación que se estabiliza como un lugar y una identidad» (Grosz, 2002: 471. La traducción es mía).

¿Cómo se visibiliza una lucha desde lo imperceptible, desde lo impersonal? Repensando la colectividad no como conjuntos de individualidades sino de fuerzas, conexiones y transformaciones. Las políticas feministas no buscan estar juntas para conocer o definir quiénes somos, sino para buscar qué deseamos. Promueve así Grosz unas políticas afectivas que buscan incrementar nuestro deseo y nuestro poder en colectividad. Resuenan aquí las políticas de coalición que, desde perspectivas diferentes, fomentan tanto Judith Butler (2007: 48) como Donna Haraway y sus *cyborgs* que conectan desde la invisibilidad (Haraway, 1991: 261; Cano Abadía).

Grosz no invalida *viejas* formas de política feminista, pero las reimagina. Desde su perspectiva, no deberíamos buscar comprendidas y validadas por la cultura dominante, sino que tendríamos que buscar afinidad con otras fuerzas vitales humanas y no humanas (Braidotti, 2006), y fomentar la construcción de futuros alternativos. Nuestra agencia, por supuesto, puede ser medida por otras que nos perciben; pero eso es una parte pequeña de nuestro poder y de nuestra libertad. Conformarse con ser vistas es reducir nuestro potencial. Grosz, desde esta perspectiva, nos invita aquí a realizar un interesante ejercicio político que explora las consecuencias imprevistas de los deseos comunes, de las fuerzas motivacionales que nos unen en la lucha política.

CONCLUSIONES

Aunque desde perspectivas diferentes y difractivas, tanto los nuevos materialismos feministas como el feminismo *queer* postestructuralista se posicionan contra las políticas identitarias en el seno del feminismo. Desde otra perspectiva, desde la perspectiva de la interseccionalidad, Kimberle Crenshaw (1991) muestra el peligro político que se deriva de las políticas que se basan en la búsqueda de una identidad común firme. Por una parte, dan sentimiento de pertenencia a una comunidad, por lo que empoderan y posibilitan la formación de estrategias de visibilización y resistencia, a la vez que impulsan el desarrollo intelectual de un marco de comprensión de las opresiones. Sin embargo, y por otra parte, ignoran las diferencias que existen en el seno de los grupos, lo cual fomenta ejercicios de exclusión y marginación en las prácticas políticas y, además, incrementa la tensión entre los diferentes grupos, que tienen la impresión de ser mutuamente excluyentes.

Tanto desde el feminismo *queer* como desde los nuevos materialismos se considera que esta estrategia política identitaria acarrea consecuencias totalizantes y que crea zonas de abyección que caen fuera del reconocimiento social, tan importante para nuestra emergencia como sujetos.

No obstante, Elisabeth Grosz, desde los nuevos materialismos feministas, es de la opinión de que estas políticas feministas postestructuralistas dependen excesivamente de la obtención de reconocimiento social, lo que les convierte en políticas serviles. Propone, desde su materialismo agencial, monista y post-anthropocentrista, una visión de la política que no se base en el protagonismo de sujetos sino de fuerzas deseantes. Realiza así un llamado a la unión de estas fuerzas en políticas de coalición basadas en la imperceptibilidad, y no en la búsqueda de visibilidad y reconocimiento.

Una revisión de las estrategias políticas actuales podría conducir a cambios más profundos en las estructuras de poder y a nuevas formas de comunidades no mediadas por las identidades cerradas sino móviles, fluidas y temporales.

Especialmente interesante resulta adoptar una perspectiva fluida sobre nuestras identidades cuando tratamos de articular nuestras políticas feministas. Es fundamental no manejar categorías estancas, cerradas, universales y definitivas, sino intentar trabajar para flexibilizarlas, lo que permite dar cabida, en nuestras comunidades políticas y personales, a una multiplicidad de sexos, géneros, perspectivas, sexualidades, razas, afectos, culturas, lenguas. Esta perspectiva plural e inclusiva, que puede ser llevada más allá del análisis crítico de los géneros, los sexos y las sexualidades, nos da armas para combatir el sexismo, el racismo, el especismo, las lgtbqifobias y todo tipo de discriminación derivada de clasificaciones inflexibles.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Ahmed, S. (2008). "Imaginary Prohibitions. Some Preliminary Remarks on the Founding Gestures of the 'New Materialism'", *European Journal of Women's Studies*. 15 (1), pp. 23-39.

- Barad, K. (2003). "Posthuman Performativity: Toward an Understanding of How Matter Comes to Matter". *Signs*, 28 (3), pp. 801-831.
- (2007). *Meeting the Universe Halfway: Quantum Physics and the Entanglement of Matter and Meaning*. Duke University Press.
- (2012). "Nature's Queer Performativity". *Kvinder, Køn og forskning/ Women, Gender and Research*, 1-2 Feminist Materialisms, pp. 25-53.
- Braidotti, R. (2006). "The Ethics of Becoming Imperceptible". En: Constantin Boundas (ed.), *Deleuze and Philosophy*. Edinburgh: Edinburgh University Press, pp. 133-159.
- (2015). *Lo posthumano*. Barcelona: Gedisa.
- Butler, J. (2002). *Cuerpos que importan*. Barcelona: Paidós.
- (2007). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós.
- Cano Abadía, M. (2013) "De la caza con armas de fuego a la caza con la cámara. Políticas desde la invisibilidad", *Turba. Revista de Filosofía Política*, n°1: *Deuda, violencia, política*, pp. 38-45.
- (2016). "Materia y lenguaje: variaciones sobre una relación compleja en Judith Butler y los nuevos materialismos". *Eikasía. Revista de Filosofía*, 70. 141-156.
- Cornell, D. & Murphy, S. (2002). "Anti-Racism, Multiculturalism, and an Ethics of Identification", *Philosophy Social Criticism*, 28 (4), pp. 419-449.
- Crenshaw, K. (1991) "Mapping the Margins: Intersectionality, Identity Politics, and Violence against Women of Color" en *Stanford Law Review*, 43 (6), pp. 1241-1299.
- Fuss, D. (1999) "Dentro/Fuera" en Carbonell, N. y Torras, M. (eds.), *Feminismos literarios*. Madrid: Arco Libros.
- Grosz, E. (1999). "Darwin and Feminism: Preliminary Investigations for a Possible Alliance". *Australian Feminist Studies*, 14 (29), pp. 31-45.
- (2002) "A Politics of Imperceptibility: A response to 'Anti-Racism, Multiculturalism, and an Ethics of Identification'" en *Philosophy & Social Criticism*, 21 (4), pp. 463-472.
- (2010) "The Untimeliness of Feminist Theory". *NORA – Nordic Journal of Feminist and Gender Research*, 18 (1), pp. 48-51.
- (2004). *The Nick of Time: Politics, Evolution and the Untimely*. Durham, NC: Duke University Press.
- Hall, S. (2003) "¿Quién necesita «identidad»?", en Hall, S. y Du Gay, P. (Comps.), *Cuestiones de identidad cultural*. Amorrurtu: Buenos Aires, pp. 13-39.
- Haraway, D. (1991). "Manifiesto para cyborgs: ciencia, tecnología y feminismo socialista a finales del siglo XX", en *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid, Cátedra-Universitat de València, Instituto de la mujer, pp. 251-311.
- (1997) *Modest_Witness@Second_Millennium.FemaleMan©_Meets_OncoMouse™: Feminism and Technoscience*. London/New York: Routledge.
- (1999) "Las promesas de los monstruos." *Política y Sociedad* 30, pp. 121-163.
- (2003), *The Companion Species Manifesto*. Chicago: Prickly Paradigm Press.
- Kristeva, J. (1980). *Pouvoirs de l'horreur*. París: Seuil.

- Van der Tuin, I. & Dolphijn, R. (2010). "The Transversality of New Materialism". *Women: A Cultural Review*, 21 (2), pp. 153-171.
- Van der Tuin, I. (2014). "Diffraction as a Methodology for Feminist Onto-Epistemology: On Encountering Chantal Chawaf and Posthuman Interpellation", *Parallax special issue 'Diffracted Worlds - Diffractive Readings: Onto-Epistemologies and the Critical Humanities*, 20 (3), pp. 231-244.